
Conclusión: el domingo, la gran fiesta

Autor: P. Lluçà Pou

El percepto de santificar las fiestas nos ayuda a regular un deber esencial del hombre con respecto a su Creador y Redentor, y darle culto especialmente con la asistencia a Misa. Celebrar el domingo nos llena de alegría y permite que encontremos la paz y el amor de Jesús, para poder darlos a los demás. Y el descanso dominical es no sólo no reponer fuerzas sino principalmente esta dedicación a dar culto a Dios, y poder gozar de la vida en familia, y así el domingo cristiano es un auténtico 'hacer fiesta', un día de Dios dado al hombre para su pleno crecimiento humano y espiritual. Un descanso alegre y solidario, pues debe ofrecer también a los fieles la ocasión de dedicarse a las actividades de misericordia, de caridad y de apostolado; ha de reconocer cada uno que no se puede ser feliz 'solo', y por tanto buscar a las personas que necesitan su solidaridad. Cultivar amistades, visitar enfermos y otras formas de caridad (no caer en formas fáciles de descanso como estar el día ante la televisión mientras la conciencia nos recuerda visitar un pariente que necesita nuestra ayuda, o conversar con un amigo, o hablar -el padre o la madre- a solas con un hijo que necesita una conversación, o la tertulia familiar, con buen humor...).

La alternancia entre trabajo y descanso no es un capricho: el descanso es una cosa sagrada, y así las preocupaciones materiales que nos absorben dejan paso a las amplitudes del espíritu, y las personas que nos rodean recuperan su verdadero rostro; las mismas bellezas de la naturaleza son gustadas profundamente. Sin que sea el descanso algo vacío ni motivo de aburrimiento, porque se busca el enriquecimiento espiritual. Si no, podemos vestirnos de fiesta pero sin saber 'hacer fiesta', celebrar la fiesta, el domingo, como dicen los primeros cristianos del siglo II: 'pasando toda nuestra vida como en una fiesta, persuadidos de que Dios está en todas partes, trabajamos cantando, navegamos al son de himnos, nos dedicamos a todas nuestras ocupaciones rezando.

El cristiano que realmente lo es, habita constantemente con Dios: está siempre grave y alegre; grave por el respeto que debe a la presencia de Dios: alegre, porque reconoce todos los bienes que Dios ha hecho al hombre'. Esto es lo que nos propone la Iglesia: Los cristianos convocados cada domingo para vivir y confesar la presencia del Resucitado están llamados a ser evangelizadores y testigos en su vida ordinaria. Y así hacer del día una Misa, dar testimonio de Jesús resucitado en el día a día, y nuestro corazón -como en un altar- ofrecerá a Dios todo lo que hacemos, unidos a Jesús: las situaciones concretas de la familia y de trabajo, relaciones sociales...

El Papa Juan Pablo II nos animaba a mirar a la Virgen, para que 'nos haga tomar conciencia de los dones de Dios y que el domingo se convierta cada vez más en el día en que las personas y las familias, reuniéndose para la Eucaristía y viviendo un descanso rico en alegría cristiana y solidaridad, canten la alabanza del Señor con los mismos sentimientos del corazón de María'.

Bibliografía:

Juan Pablo II, *Dies Domini*, 1997; Centre de Pastoral Litúrgica, *Anar a Missa, per què?*, Barcelona 1999; Id: *Per què vaig a Missa els diumenges*, Barcelona 1998; J. Gomis, *La missa, el diumege, la vida*, Barcelona 1999; Josep Riera, *per què hem d'anar a Missa. Una resposta*. Vic 1986; Leandro Fanlo, *'La Eucaristía, una fiesta infinita'*, Madrid 1998; Raniero Cantalamessa, *'La Eucaristía, nuestra santificación'*, Valencia 1997; J. Escrivá de Balaguer, *'La Eucaristía, misterio de fe y de amor'*, Madrid 1973

Regresar a Sentido de la Misa del domingo

1. La Misa, fiesta del amor
2. ¿Por qué ir a Misa?

3. ¿Qué es la Misa?

4. Cómo vivir mejor la Misa

Preguntas o comentarios al autor P. P. Lluçia Pou